

Ambrose Bierce
Un jinete por
el cielo



**Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!**

UN JINETE POR EL CIELO

Ambrose Bierce

Era en la Virginia occidental, una soleada tarde de otoño de 1861. Al borde de un camino, junto a un grupo de laureles, yacía un soldado. Estaba acostado largo a largo, boca abajo, los pies apoyados en el dedo gordo, la cabeza en el antebrazo izquierdo. La mano derecha extendida empuñaba blandamente el fusil. Sin la postura un tanto metódica de sus muslos y el leve movimiento rítmico de la cartuchera colgada del cinturón, se lo hubiera creído muerto. Estaba dormido en su puesto. Pero en caso de que lo descubrieran lo hubiesen matado en seguida, porque la muerte era la justa y legal sanción de su culpa.

El grupo de laureles junto a los cuales estaba acostado el culpable quedaba en el ángulo de un camino que subía abruptamente hacia el sur, doblaba no menos abruptamente hacia el oeste, serpenteaba en torno a la cumbre por un centenar de yardas, 3

doblaba una vez más hacia el sur, y después, todavía después, descendía zigzagueando a través del bosque. En la saliente de aquel segundo ángulo, una vasta y chata roca, destacándose contra el norte, dominaba el profundo valle por el cual subía el camino. Coronaba un altísimo acantilado; una piedra arrojada perpendicularmente desde el borde habría bajado en una caída de mil pies hasta la cima de los pinos. El ángulo donde el soldado descansaba era otra estribación del mismo acantilado. Despierto, aquél hubiera podido contemplar no sólo el trunco y breve tramo del camino y la saliente de la roca, sino el perfil entero de la muralla cortada a pico. Hasta hubiera podido darle vértigo.

La comarca era uniformemente boscosa, excepto el fondo del valle, en dirección al norte, donde había una pequeña pradera natural por la cual ondulaba un arroyo casi del todo invisible desde el otro extremo. Esta superficie abierta no parecía mucho más ancha que un patio cualquiera, pero su extensión era en realidad de muchos acres y de un verde más intenso que el del bosque circundante.

Por último, en la lejanía, se levantaba una hilera de gigantescos peñascos similares al acantilado desde el cual hemos supuesto encontrarnos para abarcar con 4

la mirada aquella salvaje decoración y que el camino lograba a duras penas escalar hasta la cumbre. En verdad, desde nuestro puesto de observación la configuración del valle era tal que parecía enteramente clausurado, y no podía uno menos de preguntarse cómo el camino que salía de él había conseguido penetrar en él, y de dónde venían y hacia dónde iban las aguas del arroyo que dividía la pradera dos mil pies más abajo.

Por virgen y accidentada que sea una comarca, los hombres llegarán a convertirla en teatro de la guerra. Disimulados en el bosque, en el fondo de aquella trampa donde cincuenta hombres dueños de todas las salidas habrían podido someter por hambre a un ejército entero y hacer morir a sus soldados como ratas, había cinco regimientos de la infantería federal. El día y la noche antes, las tropas caminaron sin cesar; ahora descansaban. Cuando llegara el crepúsculo treparían de nuevo por el camino hasta el lugar donde dormía su desleal centinela; entonces, bajando por la otra ladera de la montaña, caerían hacia medianoche sobre el adversario. Esperaban sorprenderlo, porque el camino los conducía hasta la retaguardia de su campamento. En caso de fracasar, su posición era extremadamente peligrosa, y no 5

dejarían de fracasar si el adversario, por casualidad o por vigilancia, estuviera informado de la maniobra.

El soldado dormido junto al grupo de laureles era un joven de Virginia llamado Carter Druse. Hijo único de padres ricos, había

conocido todo. el bienestar, toda la cultura y todo el lujo que, pueden procurar la fortuna y el refinamiento en una comarca montañosa de la Virginia occidental. Su casa quedaba a pocas millas del lugar donde dormía. Una mañana, después del desayuno, se había levantado de la mesa y había declarado con voz. tranquila pero grave:

-Padre, un regimiento de la Unión ha llegado a Crafton. Voy a unirme a él.

El padre levantó su cabeza leonina, miró un momento en silencio a su hijo y respondió:

-Anda, muchacho, y cualquier cosa que ocurra, haz lo que consideras tu deber. Virginia, que hoy traicionas, deberá salir del paso sin ti. Más adelante, si ambos vivimos cuándo termine la guerra, discutiremos el asunto. Tu madre, como te ha dicho el doctor, está gravísima. En el mejor de los casos, sólo la tendremos con nosotros unas pocas semanas, pero ese tiempo es precioso. Será preferible que no la inquietes.

6

Carter Druse se inclinó respetuosamente ante su padre; éste le devolvió el saludo con una majestuosa cortesía que disimulaba su corazón dentrozado, y el joven abandonó la casa de su infancia para unirse a las tropas. A fuerza de conciencia y de coraje, por hazañas de audacia y devoción, conquistó el aprecio de sus camaradas y oficiales. Estas condiciones, sumadas al conocimiento que tenía de la comarca, le valieron que fuera elegido aquella tarde para tan peligrosa misión en la extrema vanguardia. A pesar de todo, lo venció el cansancio y se quedó dormido.

Ignoramos si era bueno o malo el ángel que lo despertó súbitamente de su culpable sueño. Sin un movimiento, sin un ruido, en el profundo silencio y la modorra del atardecer, algún invisible mensajero del destino tocó con dedos impalpables los ojos de su conciencia, murmuró al oído de su espíritu la misteriosa palabra de

alerta que jamás han pronunciado labios humanos, que ninguna memoria humana ha recordado jamás. Con lentitud, alzó la frente apoyada en el antebrazo y miró entre los tallos de los laureles que lo ocultaban, mientras su mano derecha apretaba instintivamente la culata del fusil.

Su primer sentimiento fue el de un agudo placer artístico. Contra el cielo, encima del inmenso 7

pedestal del acantilado, en el extremo del peñasco que lo coronaba, había una estatua ecuestre de imponente nobleza. Sobre la silueta del caballo se recortaba la silueta del hombre, erguida, bélica, pero con el reposo de un dios griego esculpido en el mármol que inmoviliza la sensación misma de actividad que sugiere. El uniforme gris armonizaba con el fondo aéreo; la sombra suavizaba y sojuzgaba el brillo metálico de los arneses y de la gualdrápa. La piel del caballo no resplandecía. En un escorzo sorprendente, atravesando el arzón de la silla de montar, una carabina era mantenida en su sitio por la mano derecha que apretaba la empuñadura; invisible, la mano izquierda sujetaba las riendas. El perfil del caballo se recortaba con la nitidez de un camafeo. A través de los abismos del espacio miraba frente a frente los peñascos lejanos. El caballero observaba el fondo del valle; de su rostro, vuelto ligeramente a la izquierda, sólo se veía el contorno de la sien y de la barba. Así, magnificados por su altura contra el cielo, y atestiguando a los ojos del soldado lo que hay de más formidable en un enemigo próximo, hombre y caballo parecían adquirir proporciones heroicas, de alguna manera colosales. Durante un momento, Druse tuvo la 8

impresión extraña, apenas definida, de haberse dormido hasta el fin de la guerra y de contemplar una noble obra de arte levantada sobre aquella.

Eminencia para conmemorar las hazañas de un pasado heroico en el cual, por desgracia, él sólo había desempeñado un oscuro papel. El grupo, al moverse levemente, disipó su impresión: el caballo, si bien clavado en el mismo sitio, hizo retroceder su cuerpo unos

milímetros del borde del abismo; el hombre continuaba inmóvil. Ahora el soldado, completamente despierto, y teniendo plena conciencia de la gravedad de su situación llevó la culata del fusil contra su mejilla y empujó prudentemente el caño hacia adelante a través de los arbustos; armó el fusil, observó por la mira, apuntó al corazón del caballero. Si hubiera apretado el gatillo, todo habría sido para bien de Carter Druse.

En aquel instante, el caballero volvió la cabeza y miró en dirección al Centinela escondido; fue una mirada que pareció escrutar el rostro de Carter, penetrar en sus ojos, llegar al fondo mismo de su bravo, compasivo corazón.

¿Es pues algo tan terrible matar en la guerra a un enemigo, a un enemigo que ha sorprendido un secreto de vital importancia para nuestra seguridad y 9

la de nuestros camaradas, a un enemigo más peligroso aún por lo que sabe, que todo su ejército por el número de sus soldados? Carter Druse palideció, empezó a temblar, se sintió desfallecer y vio la estatua ecuestre convertirse en formas negras que subían, caían y vacilaban como arcos de círculo en un cielo de fuego. Abandonó el arma e inclinó lentamente la cabeza hasta que su rostro se hundió en las hojas sobre las cuales estaba recostado. Ese hombre valiente y cortés, ese rudo militar, estuvo a punto de desmayarse bajo la violencia de su emoción.

No por mucho tiempo. Un instante después había levantado la cabeza; sus manos tomaron el fusil, su dedo índice buscó el gatillo. Volvió a la cordura, recobró la vista. Su espíritu adquirió de nuevo lucidez; su corazón, serenidad. Era imposible capturar a ese enemigo y no menos imposible dejar que regresara al campamento con el fatal secreto que había llegado a descubrir. El deber del soldado era sencillo: desde su emboscada debía fulminarlo de un tiro, debía mandarlo a rendir cuentas al Eterno sin darle un segundo para prepararse a morir o hacer unüplegaria mental. Pero no... Aún queda una esperanza. ¿Si el caballero no hubiese descubierto 10

nada? Acaso está admirando el sublime paisaje. Si él se lo permite, acaso dé media vuelta y cabalgue despreocupadamente hacia el lugar de donde vino.

Podrá calcular lo que sabe en el preciso instante en que se retire. Quizá su persistente atención... Druse volvió la cabeza y miró hacia abajo, a través de los abismos del aire, como si mirase desde la superficie hasta el fondo de un mar transparente. Vio trepar por la verde pradera una línea sinuosa de hombres y caballos: ¡algún estúpido comandante permitía a los soldados de su escolta que llevaran los caballos a beber a un lugar abierto, perfectamente visible desde las cumbres de una docena de montañas!

Desviando los ojos del valle, Druse observó de nuevo el grupo ecuestre destacado contra el cielo, y de nuevo lo observó a través de la mira de su fusil.

Pero esta vez apuntó al caballo. Acudieron a su memoria, como un mandato divino, las palabras de su padre en el momento de la separación:

"Cualquier cosa que ocurra, haz lo que consideras tu deber". Ahora estaba tranquilo. Apretó los dientes con firmeza pero sin crisar las mandíbulas. Sus nervios no estaban menos laxos que los de un niño dormido; no le temblaba ningún músculo; su respiración, hasta que la contuvo en el 11

momento de apuntar, era regular y lenta. El deber había ganado; el espíritu había dicho al cuerpo:

"Calma, no te muevas". Disparó. Por afán de aventuras o en busca de informes, un oficial de las tropas federales había abandonado el vivaque disimulado en el valle. Caminando al azar llegó a un claro del bosque, al pie del acantilado, mientras se preguntaba si valía la pena continuar su exploración.

Frente a él, a un cuarto de milla de distancia, pero en apariencia al alcance de un hondazo, surgió de entre los pinos la fachada

gigantesca de una roca, de tal modo alta que le dio una especie de vértigo cuando levantó la cabeza para contemplar la línea filosa del borde. A cierta distancia, del lado derecho, la roca mostraba su nítido perfil contra el cielo azul y las lejanas colinas apenas menos azules, a medio camino de su ascendente impulso, y después proseguía hasta la cuna de los pinos que estaban en su base. El oficial alzó los ojos, abarcó la altura extraordinaria de la cumbre y vio un espectáculo sorprendente: ¡un jinete galopaba por los aires en dirección al valle!

El caballero se mantenía erguido, a la manera militar, firme en su silla, tirando con mano enérgica de las riendas para impedir que su corcel se hundiera demasiado impetuosamente. No llevaba sombrero, 12

pero su larga caballera ondulaba en el cielo como un penacho. Las crines alborotadas del caballo ocultaban su mano derecha. El cuerpo del animal era tan horizontal como si los cascos encontraran tierra firme. Sus movimientos, de un galope desenfrenado, cesaron en el momento en que miraba el oficial, y las cuatro patas se lanzaron vivamente hacia delante como en el acto de acabar un salto. ¡Pero aquel salto era un vuelo!

Estupefacto, aterrorizado por esta aparición de un jinete en el cielo, a punto de creerse el escriba elegido para dar cuenta de algún nuevo Apocalipsis, el espectador fue vencido por la intensidad de sus emociones. Sus piernas dejaron de soportarlo, y cayó redondo. Casi en el mismo instante, oyó el estrépito de una caída entre los árboles, un estrépito que murió sin ningún eco y de nuevo todo fue silencio.

El oficial se levantó temblando. La sensación familiar de una desolladura en la pierna lo sacó de su embotamiento. Juntando energías se alejó rápidamente del acantilado en una carrera oblicua que lo llevó a un punto distante de su base; allí esperaba encontrar a su hombre, y allí no lo encontró, desde luego. Durante aquella efímera visión, su imaginación había sido de tal modo 13

afectada por el propósito, la gracia y la facilidad aparente de aquella maravillosa hazaña que no se le pasó por la cabeza que la línea de marcha de la cabalgadura aérea estaba dirigida de arriba abajo, y que podía encontrar el objeto de su busca al mismo pie del acantilado. Media hora más tarde, volvió al campamento.

Era un oficial demasiado sensato para contar una increíble verdad. De lo que había visto, no dijo nada a nadie. Pero cuando el comandante le preguntó si en su caminata de reconocimiento se había enterado de algo que pudiera ser ventajoso para la expedición proyectada, contestó:

-Sí, mi comandante. No hay ningún camino que baje desde el sur hasta el valle.

El comandante, que sabía a qué atenerse, sonrió.

Después de haber disparado, el soldado Carter volvió a cargar su fusil y prosiguió su guardia.

Apenas habían pasado diez minutos cuando un sargento del ejército federal reptaba prudentemente hasta él con las manos y las rodillas. Druse no volvió la cabeza. Permaneció extendido, sin dar señales de verlo.

-¿Fue usted el que disparó? -murmuró el sargento.

14

-Sí.

-¿A qué?

-A un caballo. Estaba en ese peñasco, bastante lejos de aquí. Puede usted ver que ya no está. Ha caído desde el acantilado. La cara del soldado, muy pálida, no mostraba ningún otro signo de emoción.

Después de contestar, desvió los ojos y no dijo nada más. El sargento no comprendía. -Vamos, Druse -

replicó después de un momento-, no haga misterios.

Le ordeno que me informe. ¿Había alguien sobre el caballo?

-Sí.

-¿Quién?

-Mi padre.

El sargento se puso de pie y se alejó.

-¡Dios mío! -dijo.

**¡Gracias por leer este libro de
www.elejandria.com!**

**Descubre nuestra colección de obras de dominio
público en castellano en nuestra web**